

PRÓLOGO DE SANTIAGO MUÑOZ MACHADO

EPÍLOGO DE CARMEN IGLESIAS

---

# GRUPO CRÓNICA: Testigos de la Transición

---

UNA MIRADA CORAL SOBRE UNA DE LAS ETAPAS  
MÁS SOBRESALIENTES DE LA HISTORIA DE ESPAÑA



**Diego Armario**  
**José Julián Barriga**  
**Antonio Casado**  
**Pilar Cernuda**  
**Jorge del Corral**  
**Carlos Dávila**  
**Daniel Gavala**  
**Javier González Ferrari**  
**Fernando Ónega**

**José Oneto**  
**Fernando Pajares**  
**Ramón Pi**  
**Miguel Platón**  
**Nativel Preciado**  
**Manuel Antonio Rico**  
**Justino Sinova**  
**José Ramón Verano**

DEUSTO

# **Grupo Crónica: Testigos de la Transición**

**Coordinado por José Julián Barriga Bravo,  
Pilar Cernuda, Jorge del Corral y Díez del  
Corral y Justino Sinova**



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© varios autores, coordinado por José Julián Barriga Bravo, Pilar Cernuda, Jorge del Corral y Díez del Corral y Justino Sinova, 2024

© del prólogo, Santiago Muñoz Machado, 2024

© del epílogo, Carmen Iglesias, 2024

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2024

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: junio de 2024

Depósito legal: B. 8.588-2024

ISBN: 978-84-234-3744-3

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio Grupo Gráfico

*Printed in Spain* - Impreso en España



# Sumario

---

Prólogo, por Santiago Muñoz Machado . . . . .	9
Introducción. La historia del grupo de periodistas llamado Crónica . . . . .	17
Lista de invitados a los almuerzos del Grupo Crónica . . . . .	27
1. Memoria de secretos, por Diego Armario . . . . .	45
2. Cuando las «dos Españas» dialogaron, pactaron y convivieron, por José Julián Barriga Bravo . . . . .	65
3. Derrota de ETA: el último milagro de la Transición, por Antonio Casado . . . . .	85
4. La Transición desde el ruedo, por Pilar Cernuda . . . . .	95
5. De mi doble, Argala (uno de los asesinos de Carrero Blanco) y otros lances, por Jorge del Corral y Díez del Corral . . . . .	107
6. Transición: tal y como éramos, por Carlos Dávila . . . . .	135
7. Tiempo de mutantes y dinosaurios, por Daniel Gavela . . . . .	149
8. Creíamos en la reconciliación, en la convivencia y en la libertad, por Javier González Ferrari . . . . .	171
9. Déjame que te cuente, Fernando (carta a mi hijo, que aún no había nacido), por Fernando Ónega . . . . .	177
10. Anatomía de un cambio de régimen, por José Oneto . . . . .	197
11. El gran agujero negro, por Fernando Pajares . . . . .	217
12. Recuerdos de una esperanza, por Ramón Pi . . . . .	221
13. La Transición: ¿cuándo empezó?, ¿cuándo terminó?, por Miguel Platón Carnicero . . . . .	245

14. La conversión, por Nativel Preciado . . . . .	267
15. Una foto en la Zarzuela, por Manuel Antonio Rico . . . . .	273
16. El mejor político de la España actual, por Justino Sinova .	299
17. José Ramón Verano, presente . . . . .	317
Epílogo, por Carmen Iglesias . . . . .	319

## Memoria de secretos

Por Diego Armario

Contar la historia del Grupo Crónica a través de sus dieciséis protagonistas vivos y de sus cientos de invitados podría parecer un ejercicio de reiteración, pero creo que no, porque cada uno de nosotros ha vivido esta experiencia de una forma diferente, con una intensidad distinta, con recuerdos y una clara conciencia de que éramos unos privilegiados a los que nos unía la memoria de la Transición política española y la cultura de un oficio que hoy es diferente.

Al escribir estas líneas echo de menos a los ausentes y, sin olvidar a nadie, tengo un recuerdo muy especial de Ismael Fuente y Pepe Oneto, dos grandes amigos que ya no están entre nosotros.

Hemos sido un grupo tan diverso como notable, comprometido con la cultura de la lealtad a la palabra dada, testigos de historias y momentos que no muchos más pudieron vivir y, sobre todo, conocedores directos de confidencias que trasladábamos a la opinión pública sin desvelar jamás las fuentes que nos habían inspirado.

La pluralidad ideológica de quienes durante esos largos años nos hemos reunido en torno a un invitado y un mantel nunca fue un motivo de discordia, aunque sí de disenso; pero siempre tuvimos el buen gusto de reservar esos momentos para cuando el

invitado ya se había ido, porque teníamos perfectamente claro que «lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas».

Príncipes, presidentes de gobierno, ministros, diputados y senadores, embajadores, empresarios, banqueros, jueces, militares, abogados, economistas, cardenales, espías y delincuentes han aceptado reunirse con nosotros, y a todos les hemos ofrecido las mismas reglas de juego e idéntico compromiso.

Como colofón a estas líneas introductorias de este capítulo, me parece oportuno plantear un futurible, que ya es presente y con el que es probable que algunos colegas más jóvenes no estén de acuerdo, pero me acojo a la «enmienda 33» que me ampara para sostener esta tesis y no enmendarla: hoy sería impensable otro Grupo Crónica.

Existe hoy una diferencia notable, que es generacional, en la forma de relacionarse los poderosos con los periodistas, y viceversa; y actualmente no se da ninguna de las circunstancias que permitirían una experiencia con resultados similares a los que recordamos en este libro.

En los últimos años ha cambiado casi todo, y lo que algunos llamarían «nueva cultura del periodismo y la política» complica la existencia de un clima de confianza mutua imprescindible para una experiencia similar.

Existen otros colectivos de profesionales del periodismo que se reúnen periódicamente con personajes importantes de nuestro país, pero en esta ecuación fallan algunos factores que hacen muy difícil una fórmula como la nuestra. La Transición política española fue un ensayo de éxito democrático, social, cultural y político. Hoy, esos valores cotizan a la baja, están en revisión y han dejado de ser defendidos desde algunas instituciones.

A través de un relato sobre cómo hemos vivido esta larga y fructífera etapa, desempolvaré recuerdos, datos, noticias y anécdotas de momentos singulares vividos, y haré mi interpretación de lo que eso significa.

Ese pasado aún no ha muerto del todo. Pervive en los libros que escribimos y en la memoria de los supervivientes que aún estamos aquí para contarlos.

## El fin de una etapa y el principio de otra

A mediados de la década de 1970, y después del «primer entierro» de Franco, los periodistas fuimos plenamente conscientes de los momentos que nos estaban tocando vivir y de cómo cada día tenía su afán, y cada noche, su sorpresa; a veces, casi nada nos parecía demasiado simple ni exageradamente importante.

Aquellos años en blanco y negro fueron el prelude de una nueva etapa, con paréntesis de nubarrones, a la que nos enfrentamos los que habíamos elegido esta profesión sin saber que nos iba a regalar la oportunidad de estar presentes en situaciones tan únicas e irrepetibles que cabalgábamos a lomos de la ilusión por lo que estaba sucediendo o contábamos noticias con el corazón encogido, porque el terrorismo fue mucho más activo contra la democracia que en los últimos años de la dictadura, que también nos tocó vivir, así como el primer decenio de la siguiente década, en la que no nos faltó nada, incluido un 23-F.

Formábamos parte de la España en blanco negro. Teníamos el pelo largo, los pantalones anchos, vestíamos chaqueta y corbata, nunca nos faltó un cigarro en la comisura de los labios, las horas de trabajo no tenían fin ni siquiera durante las noches de copas en las que seguíamos hablando de lo mismo mientras la realidad se acompañaba a nuestra apariencia.

No tardamos mucho en tomarle el relevo a una generación de colegas, unos años mayores, que prefirieron darnos paso quedándose en las redacciones, mientras nosotros nos hacíamos con la calle y sus circunstancias para protagonizar una nueva forma de hacer periodismo en España.

Empezamos a relacionarnos con políticos de izquierda que utilizaban su alias en vez de su nombre real, y recuerdo que la primera vez que hablé por teléfono con Felipe González pregunté por *Isidoro*; y se puso él y nos dimos a conocer, porque todos estábamos estrenando una forma de relación profesional inédita, incluso con los políticos del régimen franquista que habían abrazado los nuevos tiempos.

Algunos que venían del anonimato o del exilio interior se vestían de pana para diferenciarse de los que llevaban pasador

de corbata y traje de buenos paños, pero nada impidió que se fuera produciendo un mestizaje razonable entre ellos... y con ellos.

Aquello fue el comienzo de una nueva forma de hacer nuestro trabajo. Desde los tiempos de la Segunda República, nunca antes en esta profesión de preguntar, indagar y contar las noticias unos periodistas habían vivido de forma tan continuada e intensa y tan cerca de los políticos la génesis de los acontecimientos que estaban cambiando la historia de España.

La Transición fue más intuitiva que planificada, aunque se vivieron momentos de una madurez política hoy impensables, porque hasta los recién llegados venían con la mili hecha, y tenían hambre de democracia y sentido de la responsabilidad para afrontar el reto.

Unos y otros compartimos noticias y confidencias, risas y llantos, alegrías y riesgos, e incluso, en algunos casos, novias o amantes, con lo que la primera y urgente conclusión que se deriva de estas líneas iniciales de la crónica histórica que relato es que ni los políticos ni los periodistas de hoy tienen nada que ver con los de antes, y dudo mucho que la historia los rehabilite.

A pesar de esa razonablemente buena relación, nosotros sabíamos en qué liga jugábamos cada uno. Ellos estaban en el equipo de enfrente, y nosotros no teníamos compromisos ni deudas con nadie a la hora de contar una noticia o escribir una crónica. Cada uno sabía cuál era su papel: los editores escribían los editoriales, y los «plumillas» buscábamos nuestras fuentes para contar las noticias. No jugábamos a especular ni a decir que teníamos confidentes anónimos inexistentes, como sí ha sucedido después en algunos casos acreditados.

Las exclusivas, que en aquellos años empezaron a ser un elemento creíble, germinaron gracias a las relaciones de confianza mutua que teníamos con políticos que aún no se habían maleado; y un cierto estilo ético y de autoestima por nuestro trabajo, en el que sí creía la sociedad de entonces, nos exigía un rigor que llevábamos a gala.

Hoy, entre los intereses empresariales y el poder de las subvenciones económicas, algunos medios han descubierto que a ve-

ces la ocultación de una noticia es rentable, la difusión de un rumor se publica como si tuviera categoría de prenoticia, y la rectificación de una noticia falsa es tardía o aparece medio oculta en un lugar no destacado.

Hoy hay más opinadores que periodistas que cuenten noticias contrastadas.

Al menos quedan profesionales que hacen bien su trabajo, en especial los que se juegan la vida en conflictos internacionales o en su propio país cuando investigan historias peligrosas.

## **El poder nos visita**

Los políticos de aquellos primeros años aprendieron pronto su oficio, y nosotros descubrimos sus trampas, con lo que la luna de miel de unos y otros fue flor de un día.

Al fundar el Grupo Crónica nos anticipamos a lo que años después ha sucedido, y les estropeamos la coartada, porque fuimos nosotros quienes marcábamos las normas de funcionamiento.

Una vez a la semana citábamos a un personaje con poder o influencia que nos suscitase una especial curiosidad informativa y, como venían a nuestro terreno, el campo de juego era el nuestro: nos hacíamos cargo del coste de la comida del invitado (y, en su caso, de los acompañantes), les garantizábamos la absoluta confidencialidad de lo que nos contasen y les ofrecíamos de vez en cuando la oportunidad de escuchar un análisis interesante de alguno de nosotros sobre asuntos que desconocían.

El invitado no mandaba, los periodistas no discutíamos con él, y ese ambiente propiciaba un clima favorable a la confianza y la confidencia.

El primer político que aceptó nuestra invitación fue Felipe González, que era entonces el jefe de la oposición, y, a partir de ese momento, los distintos personajes con poder que se sentaron a nuestra mesa hicieron ante nosotros una confesión pagana y en algún caso sacrílega mientras nos contaban las claves de la noticia, porque los hechos ya los conocíamos. A veces también se interesaban por la visión que pudiéramos tener sobre algún asunto

importante, porque sabían que nuestras fuentes informativas eran más plurales que las suyas.

Hemos sido el colectivo de periodistas que ha compartido la mejor información confidencial en todas las esferas del poder, antes, durante y, en algunos casos, después de que algunos de nuestros invitados dilapidaran su fama y se hospedasen temporalmente en alguna cárcel de España porque pasaron de banqueros a perseguidos por la justicia, de policías a ladrones y de poderosos a apestados sociales.

Líderes de la economía, la política o las Fuerzas de Seguridad del Estado a los que tuvimos sentados a nuestra mesa dándonos claves sobre cómo gobernar bien un país, tuvieron un criterio ético variable que les permitió comportarse como el doctor Jekyll por la mañana, y por la noche, como *mister* Hyde.

Fuimos pioneros, y creo que ningún otro grupo posterior ha tenido el peso y la influencia del nuestro, porque nosotros veníamos de una acreditada tradición y de la cultura del respeto a la confidencialidad. En otros casos, esas reglas no son controlables, debido a lo numerosos que son los periodistas que asisten a esos almuerzos, y también porque algunos no se consideran miembros de un colectivo con unas reglas tan estrictas.

En algunas áreas informativas, el periodismo de hoy ha roto reglas que antes era inimaginable no respetar; y a este despropósito han contribuido las propias empresas y la selva mediática que ha aparecido con las redes sociales e incluso el bajo nivel de algunos políticos y periodistas que han desnaturalizado el rito honorable de la pregunta y la respuesta.

Ciertas tradiciones de nuestra profesión han saltado por los aires. Ahora, el *off the record* es sólo una frase en inglés. Hay políticos que no están dispuestos a contar nada distinto a las consignas oficiales de su partido. Para ellos, la prensa es un instrumento a su servicio, y algunos sólo hacen declaraciones o aceptan entrevistas de los medios que consideran amigables.

Algunos portavoces de los grupos parlamentarios incumplen su obligación de transparencia y se niegan a responder a las preguntas de un periodista al que consideran contrario a su ideología. Se comportan como si estuvieran en otros tiempos no demo-

cráticos, cuando las informaciones del poder llegaban a los medios informativos en una nota que traía un motorista.

Ese problema no lo hemos conocido con nuestros invitados, porque, si alguno nos defraudaba con lugares comunes o frases vacías o propaganda oficial, no lo volvíamos a invitar.

## **Influencia y credibilidad**

Con el Grupo Crónica creamos una marca que se consolidó en el mercado de la información con un marchamo de fiabilidad sin fisuras. Ese valor estaba en cada uno de nosotros y nos permitió que, a título individual, siguiésemos ostentado ese marchamo que nos permitía mantener contactos informativos con políticos que se convertían en la fuente principal de una noticia exclusiva.

Algunas veces invité a cenar en mi casa a algún político porque se dieron circunstancias muy singulares con asuntos especialmente sensibles, y porque entendí que ésa era la única forma de conseguir información: en privado, y no ante un grupo numeroso de periodistas.

Durante el secuestro de Javier Rupérez, entonces de Unión de Centro Democrático (UCD), por ETA político militar invité a cenar a Juan María Bandrés, diputado por Euskadiko Ezquerria. Esos días se daban las circunstancias idóneas para que ese encuentro tuviese lugar en mi domicilio, porque el político en cuestión estaba prácticamente aislado y apenas le dirigían la palabra el resto de los diputados de la Cámara.

Esa noche le acompañó, como escolta, un joven que militaba en ese sector independentista vasco, y durante la cena, a la que asistió Antonio Casado y su mujer, la periodista Carmen Rigalt, creamos una conexión de confianza que unos días después me permitió contar en exclusiva, junto con los periodistas de *Egin* y *Deia* Miguel García Mateache y Kepa Bordegaray, datos que se acreditaron creíbles y posteriormente veraces sobre la negociación que estaba en marcha para la liberación del político centrista (y, luego, democristiano), en la que participó como mediador y «hombre bueno», Joaquín Ruiz-Jiménez.

Esa cena en mi domicilio tenía como objeto establecer las condiciones favorables a un clima de cordialidad y confianza que podían derivar en la obtención de una información clave. La conversación versó sobre curiosidades, anécdotas y vicisitudes, de cada uno de nosotros, incluido del joven vasco que acompañaba a Juan María Bandrés, que se animó a relatar alguna peripecia personal relacionada con asuntos «peligrosos».

Esa noche, nuestro invitado estaba entre gente amable e inteligente por primera vez en varias semanas, y tanto Antonio Casado como yo supimos escucharle y pudimos sacar conclusiones optimistas sobre el desenlace del secuestro.

Al día siguiente, en un pasillo del Congreso, me crucé con el político que había cenado en mi casa, al que en ese momento le acompañaban los dos periodistas vascos que he citado, y me incorporé al grupo convencido de que pronto habría una noticia relacionada con el secuestro, como así fue.

Una reunión discreta, en la que participaría Joaquín Ruiz-Jiménez, una persona no identificada que había llegado del País Vasco y, posiblemente, alguien más que haría las presentaciones, se iba a celebrar en Madrid en las horas siguientes. Aquella noche podía ser definitiva para saber el desenlace favorable del secuestro, y los tres periodistas decidimos permanecer activos hasta conocer el resultado de la conversación.

Era noviembre de 1979, no existía aún la telefonía móvil, así que permanecemos despiertos de bar en bar hasta que los cerraron, y tuvimos que refugiarnos en otro tipo de locales nocturnos a la espera de noticias. Esa noche fue el prelude de la exclusiva sobre la inmediata liberación de Javier Rupérez, que pudimos ofrecer simultáneamente sólo los tres medios informativos *Egin*, *Deia* y Radio Nacional de España.

El acuerdo al que llegamos fue que los diarios *Egin* y *Deia* y Radio Nacional de España daríamos la información la mañana del día siguiente en los mismos o parecidos términos sobre las condiciones de la liberación, dado que el lenguaje radiofónico exigía un estilo periodístico más ágil y distinto al de la prensa escrita.

Manuel Antonio Rico, miembro del Grupo Crónica, dirigía por entonces el programa informativo «España a las 8» de Radio

Nacional, y esa mañana di en directo el contenido pactado sobre la inmediata liberación del político de UCD.

El hecho de que Radio Nacional, emisora pública del Estado, emitiera esa información le otorgaba una mayor fiabilidad a la noticia, y para asegurarme de que nadie pudiera ponerle una pega que pusiese en riesgo su emisión, ningún directivo de la emisora tuvo noticia previa de ella.

Años después, Javier Rupérez, cuando estaba escribiendo su libro de memorias titulado *Secuestrado por ETA* (1991), me pidió que le contara aquella historia de una noche en la que él estaba amenazado de muerte y yo cenaba con personas que tenían información sobre las gestiones que se estaban haciendo para liberarlo.

A los miembros del Grupo Crónica se nos abrían muchas oportunidades informativas porque algunas de nuestras fuentes habían comido con nosotros con anterioridad y gozábamos ante ellos de una fama de seriedad profesional.

Una de las garantías del funcionamiento del grupo estaba en el compromiso individual y colectivo de mantener el prestigio, la credibilidad de la marca y las normas de comportamiento que nos definían, y por esa razón la incorporación de un nuevo periodista al grupo se hacía con el voto unánime del resto.

## **La guerra de empresas y los nuevos políticos**

Nos mantuvimos así durante años hasta que entramos en conflicto y se complicaron las relaciones de los propios periodistas situados en dos bandos cuando en el año 2007 se desató la guerra entre el Grupo Prisa y Telefónica.

José María Aznar apostó por apoyar el proyecto mediático de Telefónica, Antena 3 y otros medios audiovisuales para restarle hegemonía a *El País* y al resto de los medios del Grupo Prisa. Jesús de Polanco entendió que el gobierno le había declarado la guerra, concepto que coincidía con el título del artículo firmado por el periodista Joaquín Prieto, «La guerra de Aznar contra Prisa».

Cada uno de los concernidos sacó sus armas de ataque, y esa circunstancia salpicó al Grupo Crónica, en el que había periodistas de los dos sectores mediáticos.

La pugna empresarial acabó sindicando opiniones de incompatibilidad entre nosotros, y algunos descubrimos que la mancha del periódico o la marca de la emisora tenían más poder que la dignidad del oficio, nada que ver con los tiempos en los que los periodistas trabajábamos en las empresas que nos ofrecían un empleo sin preguntarnos si su línea editorial era de nuestro agrado. (Todos habíamos conocido y convivido con periodistas militantes del Partido Comunista trabajando en los medios de la prensa del Movimiento.)

Aquel conflicto coincidió con los años en los que fui director de Radio Nacional de España (RNE), y, en cuanto tuve la oportunidad, acerqué posiciones con Augusto Delkáder, director general de la Cadena SER, al que invité a comer en el restaurante Solchaga de Madrid; y establecimos una relación correcta e inteligente entre ambos medios.

Radio Nacional, como emisora pública, no estaba en la pelea que mantenían el Grupo Prisa y Telefónica, pero existía una razón de «incompatibilidad personal» entre antiguos compañeros que habían trabajado en la Cadena SER. Uno de ellos ahora estaba en RTVE y, por esas causas de rencillas personales, hacía años que no recibíamos ninguno de los Premios Ondas.<sup>4</sup>

El hecho de que yo no estuviera en esa pelea sorda facilitó el restablecimiento de relaciones personales; y, a petición mía, volvieron a otorgarse Premios Ondas a periodistas y programas de RNE.

En la ceremonia de entrega de los Premios Ondas en Barcelona, Augusto Delkáder me presentó a Jesús de Polanco, y le hizo un comentario significándole que yo era bienvenido al evento porque no estaba en aquella batalla.

Durante aquellas fechas en que se enemistó a colegas de este oficio, decidimos establecer el *numerus clausus* en la admisión de miembros del Grupo Crónica, y cerramos la puerta a la posi-

4. Premios concedidos por Radio Barcelona, emisora de la Cadena SER, del Grupo Prisa. (N. del e.)

bilidad de que se incorporara ningún candidato nuevo al Grupo Crónica. De esa forma protegíamos el espíritu de una iniciativa singular que llevaba años funcionando de forma fiable porque seguía ofreciendo una garantía de seriedad en un tiempo cambiante en cuanto a los usos y costumbres en las relaciones con las fuentes informativas.

La nueva política ha jubilado a personas muy válidas coincidiendo con el momento en el que un aluvión de gente sin un claro oficio ocupa los escaños en las instituciones, y en ese momento se produjo un cierto desinterés de los nuevos actores políticos por sentarse a hablar con periodistas con nuestro perfil profesional, que incluye la diferencia de edad como un parámetro negativo. Lo único que nos unía a ellos y a nosotros era la curiosidad mutua.

Cuando los invitamos aceptaban comer con nosotros más por curiosidad que por interés, porque, para ellos, reunirse con todo el Grupo Crónica era como visitar un parque temático en el que podían contemplar de cerca a periodistas que al final del siglo pasado llevábamos años trabajando en este oficio

Sabían quiénes éramos, aunque en algunos casos no nos habían visto en la distancia corta, y es posible que algunos acudieran a nuestra invitación solamente para poder contar la anécdota del encuentro, porque estaban convencidos de que la razón siempre la tendrían ellos.

Sus asesores eran chavales seguramente bien formados en nuevas estrategias, pero poco interesados en la política de la que emanó la Constitución, y menos aún en la opinión de unos periodistas que supimos lo que fue la Olivetti.

Muchos no habían nacido cuando murió Franco, pero habían leído algo de lo que sucedió por aquellos años; y el día que Pablo Iglesias Turrión se reunió con nosotros en el hotel Miguel Ángel de Madrid, nos explicó la Transición política y escuchamos en silencio su reflexión sobre ese tiempo histórico que vivimos en primera línea. Ciertamente fue correcto y no hizo ninguna consideración sobre la caducidad de aquella etapa: la describió como el estudiante que ha memorizado las respuestas de un examen sin demasiada convicción en la utilidad de ese esfuerzo.

En otras circunstancias, alguien habría matizado alguna de sus afirmaciones, pero éramos los anfitriones del encuentro y decidimos comportarnos como caballeros.

En cambio, algunos políticos de otras formaciones, en principio, eran renuentes a aceptar nuestra invitación porque, a pesar de la pluralidad ideológica de los periodistas del Grupo Crónica, tenían sus reparos en compartir confidencias con todos; pero Joan Tardà, portavoz parlamentario de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), se reunió con nosotros en plena crisis entre el independentismo catalán y el Estado. Durante los primeros minutos del almuerzo nos pareció que estaba tanteando con pies de plomo el desarrollo de la conversación, hasta que uno de nosotros, antes de formularle su pregunta, le dijo: «Señor Tardà, no se imagina las ganas que tenía de conocerle personalmente, y quiero agradecer que alguien con su perfil político y su talante almuerce hoy con nosotros». El político catalán se sintió más cómodo, y constató que estaba con periodistas de la vieja escuela acostumbrados a preguntar y escuchar al invitado en vez de discutir con él o intentar ponerle en un aprieto.

No nos dio un mitin sobre la Cataluña que sueña ni nos confundió con quienes no éramos. Percibió desde ese momento que estaba con gente razonable y de fiar que no estaba ahí para pillarle en un renuncio, sino para escuchar y entender las claves que encerraban sus palabras o para pedir que explicara con más detalle algún matiz de sus propuestas. Esos encuentros con los políticos que se sentaban con nosotros eran útiles también para ellos, porque el desarrollo de los encuentros no consistía en la rutina insustancial de preguntas y respuestas, sino en una conversación razonada entre las dos partes.

A lo largo de estos años, algunos se han negado a asistir a un almuerzo del Grupo Crónica.

José Luis Rodríguez Zapatero, siendo presidente del gobierno, puso como condición para aceptar nuestra invitación que uno de los miembros del grupo de periodistas no asistiese a ese almuerzo. Lo cuento porque no traiciono ningún *off the record* al referir esta anécdota, ya que el encuentro no se celebró y no hay materia confidencial que proteger.

Al parecer, el presidente se había ofendido por una información que uno de los integrantes de Crónica publicó sobre un familiar suyo, y quería evitar verse las caras con él, y menos aún quería tener que cruzar una sola palabra.

El mensaje de ese pretendido veto nos llegó a través de uno de los miembros del equipo de Moncloa, y el asunto se debatió entre nosotros.

Sin entrar en el fondo de la cuestión, decidimos que ningún invitado tenía ese derecho sobre los anfitriones de la comida, y menos aún por una noticia que se había generado fuera de nuestro ámbito. Dicho con otras palabras, cada uno respondíamos individualmente de nuestros actos en el ejercicio de nuestra profesión, y el Grupo Crónica aplicaba sus propias reglas de protección de nuestros compromisos.

Durante estos años hemos aplicado esta norma, y algún miembro del Crónica dejó de pertenecer al grupo.

El único presidente del gobierno que no ha comido con nosotros ha sido Pedro Sánchez. Es cierto que, cuando fue secretario general del PSOE aceptó nuestra invitación, pero, desde que llegó a la Moncloa, no ha querido venir nunca. En dos ocasiones nos envió una avanzadilla representada por dos miembros del equipo de Iván Redondo, y un tiempo después por el ministro de la Presidencia Félix Bolaños, que lógicamente le reportaron sus impresiones y, al parecer, no pasamos el nivel exigido de suficiente adhesión inquebrantable requerido, porque el presidente Sánchez no consideró nuestra oferta.

El perfil de los periodistas del Grupo Crónica era una garantía de rigor en el tratamiento informativo y en el conocimiento de la materia que tratábamos. Eso suponía que no podían darnos gato por liebre, porque, en el supuesto de que afirmasen algo que sabíamos que no era cierto o muy impreciso, quedaban en evidencia.

La fórmula más habitual para intoxicar a los periodistas ha sido revestir de un halo de confidencialidad y secretismo un rumor o la siembra de una sospecha, algo que practican algunos políticos.

Cualquier profesional con experiencia ha detectado en algu-

na ocasión la burda propaganda o el sutil intento de colocar como noticia una difamación del rival o del compañero de partido (que a veces también es el enemigo), y uno de los lugares por excelencia donde podría interesar introducir una duda creíble era el Grupo Crónica, dada la proyección que podía alcanzar el bulo.

Recuerdo más de un caso en el que, en esas sobremesas posteriores al almuerzo con un invitado, llegamos a comentar entre nosotros las sospechas de afirmaciones que no resultaban creíbles o tenían una intencionalidad distinta a la meramente informativa; y no era fácil que alguien tuviera éxito en ese intento, porque acumulábamos suficientes fuentes informativas para contrastar las afirmaciones.

## **Invitados con historia**

Luis Roldán, director general de la Guardia Civil, había comido con nosotros antes de desaparecer hacia un destino desconocido. Por lo general, los encuentros con altos cargos del Ministerio del Interior —fundamentalmente, los ministros o algún secretario de Estado, como Rafael Vera— versaban sobre asuntos de la lucha antiterrorista, pero con Roldán el abanico de temas era más amplio. También hablaba de gestión.

Exhalaba aroma a poder. Era el primer político civil que ocupaba ese cargo, y sabía lo importante que era el área que administraba. En su gestión, además de los asuntos de naturaleza policial y política, entraban otros temas que desviaron su atención.

Antes de aquella huida había comenzado a cometer errores e irregularidades, y las sospechas se confirmaron. Siempre pensé que era demasiado arriesgado hacer esas cosas rodeado de guardias civiles.

Con aquella fuga consiguió que dimitiera Antoni Asunción, ministro del Interior de la época, pero, por más que se ha escrito sobre su peripecia como fugado de la justicia, estoy persuadido de que no sólo nos mintió él, porque la versión oficial que posteriormente conocimos también era falsa. Unos años después de

vivir con más pena que gloria, tras cumplir su pena de cárcel, falleció y se llevó al más allá un secreto de Estado que sólo conocieron sus protagonistas, entre ellos Francisco Paesa, que también murió y resucitó varias veces..., hasta que pasó de verdad por ese trance final.

Manuel Fraga Iribarne disfrutaba contando historias y epatando a quienes le escuchábamos, y, uno de esos días, tuvo un intercambio de pareceres con un periodista del grupo, intercambio que concluyó en una agria discusión. El divergente fue Miguel Platón, dotado de una excelente memoria y erudición sobre la historia de España, lo cual ha acreditado a través de los libros publicados sobre esta materia; y aquel mediodía tuvo la oportunidad de llevarle la contraria a nuestro invitado. El político y catedrático se mantuvo en sus tesis, y el periodista, en sus trece.

La conversación se fue caldeando, y la diferencia de criterio o de memoria entre ambos se convirtió en un apasionado debate que incomodó al político gallego, que estaba persuadido de llevar la razón. Ante la imposibilidad de que uno de los dos le concediera al otro el beneficio de la duda, Manuel Fraga decidió suspender su presencia en la comida a la que le habíamos invitado, no sin antes pronunciar una frase irreproducible.

Lógicamente, mantuvimos el almuerzo y añadimos, a nuestro cajón particular de recuerdos aquel incidente de eruditos que podía haberse convertido en algo más incómodo..., o tal vez más divertido.

Los dos polemistas eran expertos en el asunto histórico que discutieron, y nosotros fuimos testigos del tragicómico momento, que nos dio tema de conversación para un almuerzo sin invitado. Era la primera vez que alguien nos dejaba sobre la mesa un interesante tema de conversación y se marchaba.

En honor al político gallego debo decir que aquel incidente no dejó ninguna huella de rencor, porque siguió siendo nuestro invitado en ocasiones posteriores.

Mario Conde, en los años en los que creía que era «el rey» —aunque sólo era un amigo del rey—, se avino a aceptar nuestra invitación, pero lo hizo de tal forma que pareció que nos perdo-

naba la vida. Para empezar, aunque los anfitriones éramos nosotros, nos hizo romper la tradición del almuerzo, y tuvimos que cenar a la hora que le convino a él.

Durante el protocolo de presentación de cada uno de nosotros, mientras el moderador del grupo iba diciendo nuestros nombres, el entonces presidente de Banesto no se molestó en mirarnos a la cara y fijó su rostro en su plato mientras se tomaba una sopa de marisco. Pidió una botella de vino blanco especial distinto al que en principio habían puesto los servicios del hotel Miguel Ángel, donde tuvo lugar el encuentro, y el caldo debía ser excelente, porque, a lo largo de las horas que duró el encuentro, pidió alguna más.

Había venido a contar su historia y evidenció su escaso interés por lo que nosotros dijésemos. Su comportamiento al principio del encuentro fue frío y displicente, pero, a medida que se prolongaba la cena, dio salida a su faceta más seductora, y a partir de ese momento su personalidad social emergió, rio, gesticuló, exhibió sus poderes y evidenció que se encontraba a gusto, sin que eso significase que había descubierto en nosotros a un grupo de gente que le importara más allá de aquel encuentro gastronómico.

Recuerdo que, por entonces, Mario Conde tenía un gesto que repetía cuando contaba alguna anécdota en la que él era el pillo de la historia: se reía y sacaba la lengua como si celebrase haber hecho algo que solamente a él le estaba permitido.

Pasados los años, no le he vuelto a ver hacer ese gesto, tal vez porque la pérdida de poder e influencia no es algo que le resulte gracioso.

De todas las personas con las que hemos estado, me quedo con la convicción de que ningún otro, incluidos presidentes de gobierno, se sintió más poderoso de lo que él creía que era. Lo tenía todo, y lo que no tenía sabía que podía comprarlo.

Su estancia en la cárcel y el paso de los años le han convertido en un hombre que ha moderado el relato de sus recuerdos, y hoy se conforma con ser un contador de anécdotas, algunas increíbles, que se pasea por algunas televisiones.

Rafael Calvo Ortega se enteró de la dimisión de Adolfo Suárez al mismo tiempo que nosotros.

Comíamos juntos en el Club Internacional de Prensa cuando recibió un mensaje urgente y acudió inmediatamente a una llamada de la Presidencia del Gobierno. El momento político que se estaba viviendo esos días en España nos hizo deducir que se trataba de un asunto grave, y, entre las especulaciones que hicimos, llegamos a barajar una crisis de gobierno, pero no entraba en nuestros cálculos, por muy especulativos que fuesen, la renuncia de Adolfo Suárez a seguir presidiendo el gobierno de España.

Los enemigos políticos de Suárez se encontraban no sólo en la oposición liderada por el PSOE, sino también en las filas de su propio partido, la Unión de Centro Democrático (UCD). El presidente Suárez tuvo la oportunidad de acreditar su valía personal y política el 23 de febrero de 1981 cuando el teniente coronel Tejero asaltó el Congreso de los Diputados y los únicos que no se tiraron al suelo, al escuchar los disparos de los golpistas, fueron Adolfo Suárez, Manuel Gutiérrez Mellado y Santiago Carrillo.

A veces, la historia hace algo de justicia y le da una nueva oportunidad a los que acaban de ser derrotados.

Jordi Pujol nos invitó a comer en el Palau de la Generalitat.

El anfitrión se esmeró en hacer que nos sintiéramos a gusto y desplegó sus habilidades en castellano, mientras que, con su característica forma de enfatizar con la cabeza inclinada y sus manos gesticulando cada una de las sentencias que nos decía, nos explicaba someramente algunas diferencias entre España y Cataluña. Eran tiempos de cordialidad y buen entendimiento político con Madrid.

Un tiempo después viajamos a Barcelona Javier González Ferrari, Carlos Dávila y yo para entrevistar a Jordi Pujol en el programa «Los desayunos de Radio Nacional», que también se transmitía por Televisión Española.

En un momento de la entrevista, Jordi Pujol llegó a decir que «Cataluña era una nación, pero España, no». Y yo le pregunté: «Entonces, ¿qué somos los españoles?». Y él me respondió con una larga parrafada en la que dijo: «España es una cultura, es literatura, es tradición, es historia, pero no es una nación». Era su opinión contra la realidad histórica, pero se mantuvo en esa tesis con la naturalidad del fanatizado.

Para él y para los nacionalistas, lo que importa es el relato, aunque sea pura ficción. Son especialistas en nacionalizar como catalanes a santa Teresa de Jesús o a Cristóbal Colón sin que les tiemble la voz al afirmar una mentira tan burda.

En aquellos años, *Convergència i Unió* (CiU) apoyaba la estabilidad de los gobiernos de España y, a cambio, el ejecutivo de José María Aznar «hablaba en catalán en la intimidad».

A Xabier Arzalluz, líder del Partido Nacionalista Vasco (PNV), exjesuita, intelectual, con un verbo culto y una dicción dramática por el énfasis que ponía en sus palabras, le quedaba el rescoldo de los curas nacionalistas afines a ETA para conseguir sus fines.

Con nosotros defendió la idea de la patria vasca, aunque pactó con Aznar, pero en su acción política estaba contar con ETA, y en un documento de Herri Batasuna se recoge su frase: «No conozco pueblo que haya alcanzado su liberación sin que unos arreen y otros discutan, unos sacudan el árbol para que caigan las nueces y otros las recojan».

De hecho, llegó a pedirle a ETA político militar que no cometiese la tontería de disolverse. Con nosotros sólo mostraba su rostro de exjesuita.

## **Feminismo de altura**

Las mujeres ocuparon desde el principio de la democracia cargos institucionales importantes, no por razón de cuota femenina sino por su prestigio académico, social y político. El feminismo no es únicamente un logro de los últimos decenios de la historia de España.

Con la recuperación de la democracia, la mujer ha estado en cargos de singular responsabilidad en las instituciones del Estado, y con el paso de los años se ha incrementado de forma exponencial el liderazgo femenino en la política, así como en otras instancias académicas, culturales y sociales.

Cito a continuación a algunas de las mujeres que fueron nuestras invitadas en el Grupo Crónica de las que aprendimos mucho, porque durante años accedieron a las instituciones profesionales

de muy alto nivel y experiencia: Soledad Becerril, Matilde Fernández, Cristina Alberdi, Loyola de Palacios, Teresa Fernández de la Vega, Isabel Tocino, Carmen Chacón, Ana Pastor, Esperanza Aguirre, Cristina Cifuentes, Margarita Robles, Maite Pagaza, Rosa Díez, Soraya Sáenz de Santamaría, Inés Arrimadas, Manuela Carmena y algunas más.

Todas ellas han ostentado cargos importantes y han presidido instituciones claves en el Estado. Hoy, para un sector de la opinión pública, serían mujeres «antiguas», independientemente de su edad cronológica, porque pertenecen a una generación que se caracterizaba por el mérito, el perfil profesional y la experiencia académica o política.

Como reflexión final, y refiriéndome tanto a hombres como a mujeres que han dedicado parte de su vida a la política, quiero subrayar que la excelencia no es la norma entre quienes aspiran a gobernarnos, porque, en un ámbito de participación ciudadana en igualdad de oportunidades, a nadie se le exige que acredite más mérito que el de su propia voluntad de militar en política.

Hacer un elogio global de esos hombres y mujeres que durante su vida sólo han trabajado dentro de una organización de estas características sería una exageración alejada de todo rigor.

Los años no nos restan un ápice de memoria y de capacidad para constatar que una cierta devaluación del oficio de la política de hoy, comparada con la de otros momentos no tan lejanos, se convierte en un dato objetivo.

Cantaba Carlos Gardel que «veinte años no es nada». Nosotros podríamos decir que casi cuarenta años tampoco, porque hemos vivido para contarlos.

Una parte destacada de la historia de España está en nuestra memoria y en este libro.

**Diego Armario** (Tetuán [entonces Protectorado español de Marruecos], 1945) es licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, y cursó también cuatro años de la carrera de Psicología.

Fotógrafo y periodista, ha trabajado en el *Diario Jaén*, la agen-

cia Pyresa, la revista *Interviú*, Radio Nacional de España (RNE) y Radio Exterior, donde fue director de los servicios informativos.

Comentarista de la actualidad política nacional, ha participado en programas de debate en diferentes medios, con especial asiduidad en el programa «Escrito en el aire», de RNE, emitido por Radio Televisión Española (RTVE).

Ha desempeñado diversos cargos de responsabilidad en RNE, emisora de la que ha sido director, y bajo su responsabilidad se realizó la digitalización de los sistemas de producción informativa.

Durante cuatro años fue director adjunto a la presidencia del Instituto de Crédito Oficial (ICO).

Es consejero de Telemadrid y ha sido consejero de la Agencia EFE.

Ha publicado 13 libros entre ensayos, novelas y traducciones a otros idiomas.

En la actualidad dirige y presenta el programa de entrevistas «Un personaje en busca de un autor» en Estudio Radio, en el que conversa durante una hora con mujeres y hombres que tienen una vida más interesante que conocida.

Ha escrito más de tres mil artículos en su blog personal (*El blog de Diego Armario*) en los que aborda diversas temáticas de actualidad, reflexiones sobre la vida, la filosofía y la diversidad de pensamientos.

Libros publicados de ensayo: *El triángulo: el PSOE durante la transición* (1981); *Los tontos con poder* (2006); *La segunda virginidad: el poder sexual de la mujer madura* (2007), y *El PSOE en llamas* (2011).

Libros publicados de narrativa: *La muerte de un Señor de Quinta* (2004); *La hora cero* (2005); *Miedo a olvidar* (2005); *El club de las amantes impacientes* (2015); *El honor de los muertos* (2016), y *Hawa* (2019).